



ACTO III

ESCENA I

Una habitación

ILLO, TERZKY

TERZKY

DECIDME, ¿qué pensáis hacer con los jefes en el banquete?

ILLO.—Redactaremos un acta, en la cual conste que nos comprometemos en común á seguir adictos al duque, y á verter por él la última gota de sangre, salvo sin embargo el juramento de fidelidad prestado al Emperador... Observad que esta cláusula figurará tan sólo para tranquilizar las conciencias... Ahora bien, así formulado el compromiso, será leído á todos antes del banquete, y no podrá chocar á nadie; pero, fijaos en esto... cuando el vino habrá enturbiado las potencias, presentaremos otro escrito, sin la cláusula, para firmarlo.

TERZKY.—¿Y cómo suponer que se considerarán ligados por un juramento arrancado con astucia?

ILLO.—Bah, cuando estén comprometidos, ya pueden chillar lo que gusten. En la corte darán más crédito á sus firmas que á sus sagradas protestas, y una vez declarados traidores, se verán forzados á serlo; con que harán de la necesidad virtud.

TERZKY.—Perfectamente; me parece bien. Acertemos el golpe, y adelante.

ILLO.—Además, lo que nos importa sobre todo, no es el éxito con los generales, sino persuadir al jefe de que están á su disposición. Obre él resueltamente como si dispusiera de ellos, y suyos serán y los llevará donde quiera.

TERZKY.—Ocasiones hay en que no le comprendo. A veces atiende al enemigo, me hace escribir á Thurn, ó á Arnheim, habla con absoluta confianza de Sesina, y me entretiene horas enteras desarrollando sus planes; y cuando me figuro ser dueño absoluto de su secreto, se me escurre de entre las manos. Me parece que por ahora sólo desea continuar como antes.

ILLO.—¡Renunciar él á sus antiguos proyectos! Os aseguro que ni dormido ni en vela se ocupa en otra cosa. Diariamente consulta los astros acerca del asunto.

TERZKY.—Ah, sí; ¿sabéis que esta noche se encierra con el doctor en la torre para hacer observaciones? Según dicen, esta noche es de gran trascendencia, y han de ocurrir en el cielo grandes fenómenos, esperados mucho tiempo há.

ILLO.—¡Ojalá ocurrieran también en la tierra! Ahora los generales deliran por él y harán cuanto sea dable por no privarse de su jefe. ¡Qué ocasión tan propicia! Vamos á formar una alianza estrecha contra la corte para conservar el mando, y aunque el pretexto es inocente, ya sabéis que en el calor de la acción bien pronto perdemos de vista el punto de partida. Si el príncipe los halla dispuestos á seguir adelante con una

empresa audaz, la ocasión le seducirá; una vez haya dado el primer paso, que Viena no podrá perdonarle nunca, la fuerza de las circunstancias le arrebatara en su camino. Para él lo más difícil es decidirse; pero en cuanto apremia el momento, recobra todo su vigor y su buen golpe de vista.

TERZKY.—Esto es lo que aguarda también el enemigo para enviarnos un ejército.

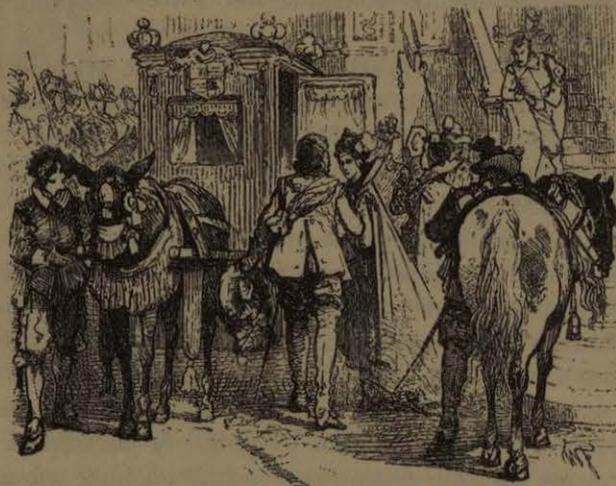
ILLO.—¡Vamos!... Hay que hacer más ahora que no hicimos durante años enteros. Si van las cosas de la tierra como deseamos, ya aparecerán las oportunas estrellas. Vamos á ver á los generales. Machaquemos el hierro ahora que está ardiendo.

TERZKY.—Id vos, Illo... yo me quedo á aguardar á la condesa. No dudéis de que no estaré yo ocioso. Si se rompe una cuerda, ya tengo otra preparada.

ILLO.—Cierto... ví que la condesa sonreía con malicia: ¿qué os proponéis?

TERZKY.—Es un secreto., ¡Silencio!... Ella sale.

(Se va Illo.)



ESCENA II

EL CONDE y LA CONDESA TERZKY saliendo de su gabinete.
Luégo un criado.—ILLO luégo

TERZKY.—¿Viene ella? No puedo detenerle más.

LA CONDESA.—Pronto estará aquí. Dile que venga.

TERZKY.—No sé si el príncipe nos agradecerá lo que hacemos. Sobre esto, no dijo nunca su opinión de un modo claro. Tú me has persuadido, y sabes hasta dónde puedes aventurarte.

LA CONDESA.—Respondo de todo. (Aparte) No necesito yo plenos poderes... sin hablar nos comprendemos mi hermano y yo. ¿No he adivinado por qué hizo venir á su hija, y eligió cabalmente á Piccolomini para acompañarla? Los pretendidos compromisos con un novio, á quien nadie conoce, pueden deslumbrar á otros; pero yo adivino su intento. A él no le corresponde mezclarse en estas negociaciones. No, sin duda... Todo lo fía á mi perspicacia... quiero probarle que no se engaña conmigo.

UN CRIADO (sale).—Los generales. (Vase.)

TERZKY.—Cuida de exaltarle y preocupar su ánimo... Que no vacile en firmar cuando se siente á la mesa.

LA CONDESA.—Atiende tú á los convidados, y tráemelo.

TERZKY.—Mira que todo depende de su firma.

LA CONDESA.—Vé...

ILLO (volviendo).—¿Qué estáis haciendo, Terzky? La sala está llena, y todos os aguardan.

TERZKY.—Voy, voy. (A la condesa.) Que no tarde... El padre podría sospechar...

LA CONDESA.—Inútil solicitud. (Terzky é Illo se van.)

ESCENA III

LA CONDESA TERZKY, MAX PICCOLOMINI

MAX (*asomando timidamente*).—¿Puedo entrar?... (*Se adelanta hasta el centro de la sala y mira en derredor con inquietud.*) ¡No está! ¿Dónde está?

LA CONDESA.—Buscad bien... quizás se oculta detrás de aquella mampara.

MAX.—Ahí están sus guantes. (*Intenta cogerlos y la condesa se lo impide.*) ¡Qué mala!.. ¿Me rehusáis...? Os complacéis en atormentarme.

LA CONDESA.—¿Así agradeceréis mi solicitud?

MAX.—¡Oh!... Hacedos cargo de mi intranquilidad!... Desde que estamos aquí... ¡tanto cumplido! no aventurar una sola palabra!... ni una mirada!... No puedo acostumbrarme á ello.

LA CONDESA.—Pues á otros rigores habéis de acostumbraros todavía, mi buen amigo. Debo poner á prueba vuestra docilidad. Sólo con esta condición puedo intervenir en este asunto.

MAX.—Pero ¿dónde está ella?... ¿Por qué no viene?

LA CONDESA.—Es preciso que lo fiéis todo á mi cargo... ¿Á quién hallaréis mejor dispuesto en vuestro favor? Nadie ha de saber y menos vuestro padre...

MAX.—Es inútil la recomendación, porque no hay aquí ni una cara simpática á quien pudiera confiarme. ¡Ay, tía mía! Ó ellos ó yo hemos cambiado mucho... Me siento en medio de ellos como extranjero, y no hallo en parte alguna el menor rastro de mis antiguos deseos y alegrías... ¿Á dónde han ido á parar? Antes gustaba de esa gente, ¡y ahora me parece todo tan vulgar y tan vacío! A mis compañeros los encuentro insoportables; á mi propio padre no sé

qué decirle; el servicio... las armas... todo me importuna... Me pasa exactamente lo mismo que á un alma bienaventurada que volviese del paraíso á sus juegos y pueriles preocupaciones, á sus deseos, á sus amistades, á todas las miserias de la humanidad.

LA CONDESA.—Os ruego, sin embargo, que dirijáis alguna mirada á este mísero mundo, donde cabalmente ocurre en este momento algo importantísimo.

MAX.—Veo en efecto que algo pasa; lo infiero de cierta animación y actividad inusitadas que noto á mi alrededor. Ya lo sabré sin duda, cuando haya terminado... ¿Dónde diréis que estuve, tía?... No os burléis de mí... Me pesaban de tal modo el tumulto del campamento, la importuna multitud de amigos, sus necias chanzas, sus vanas conversaciones, que fuí á buscar el silencio y un asilo para mi dicha... no os riáis... he estado en la iglesia. Cerca de aquí hay un monasterio; entré en el santuario y me hallé cabalmente solo. Hay en el altar una imagen pintada de la Virgen, y aunque bastante mala, fué para mí la amiga que buscaba en aquel momento... ¡Cuántas veces he visto á Dios con todo su esplendor, y observé el fervor de los fieles! pero nunca semejante espectáculo me había conmovido como ahora... No sé cómo, vengo á comprender ahora súbitamente la devoción lo mismo que el amor.

LA CONDESA.—Gozad de vuestra ventura, y olvidad el mundo que os rodea, mientras vela y obra por vos la amistad. Pero obedeced dócilmente á quien os muestre el camino de la dicha.

MAX.—¿Dónde está Tecla? ¡Oh felices tiempos aquellos de nuestro viaje en que el alba naciente nos reunía, y sólo la noche nos separaba! Ni caía la arena en el reloj, ni sonaban las campanas. Parecía que el tiempo había detenido para nosotros, como para los bienaventurados, su eterna carrera... ¡Ah, verse forzado á con-

tar las horas, es ya caer del cielo; la campana no suena nunca para los dichosos!

LA CONDESA.—¿Cuánto hace que le habéis dicho vuestro afecto?

MAX.—Esta mañana he aventurado la primera palabra.

LA CONDESA.—¡Cómo!... ¡hasta esta mañana, después de veinte días de verla!...

MAX.—Nos hallábamos en el castillo donde nos habéis alcanzado, más acá de Nepomuck, última estación de nuestro viaje, y estábamos silenciosos y en pié contemplando desde una ventana la vasta campiña, por donde galopaban los dragones de la escolta. Angustiado con la proximidad de nuestra separación, osé pronunciar estas palabras: «Todo esto me advierte, señorita, que he de despedirme de mi felicidad. Dentro de breves horas os hallaréis junto á vuestro padre, y rodeada de nuevos amigos; ya sólo seré para vos un extraño perdido entre la multitud.» «Hablad á mi tía,» me dijo rápidamente. Su voz temblaba; se ruborizó, y alzando lentamente los ojos chocaron con los míos.... Ya no fui dueño de mí.... *(Sale la Princesa y se detiene en la puerta, sin que la vea Max, pero sí la Condesa.)* La estreché con audacia entre mis brazos, y mis labios rozaron los suyos.... pero sonó ruido en la sala vecina; erais vos... Ya sabéis todo lo ocurrido.

LA CONDESA *(tras un momento de silencio, y mirando de soslayo á Tecla)*...—¿Y tan reservado ó tan poco curioso sois que no me preguntáis mi secreto?

MAX.—¿Vuestro secreto?

LA CONDESA.—¡Claro que sí!... Entré en la sala inmediatamente después de haber salido vos, y mi sobrina, en aquel primer momento de sorpresa, me dijo...

MAX *(con viveza)*...—Hablad...

ESCENA IV

Dichos.—TECLA, adelantándose rápidamente

TECLA.—No os molestéis, tía; mejor lo oirá de mis labios.

MAX *(retrocediendo)*.—¡Señorita!... ¡por qué me habéis dejado hablar, Condesa!

TECLA *(á la Condesa)*.—¿Hace rato que está aquí?

LA CONDESA.—Sí, y no puede permanecer mucho con nosotras... ¿Dónde has estado tanto tiempo?

TECLA.—Mi madre volvió á llorar... Veo cuánto padece... y á pesar de todo, me siento dichosa.

MAX *(contemplándola extasiado)*.—¡Ah! puedo volver á miraros! Esta mañana me era imposible... El brillo de vuestros aderezos me ocultaba á mi amada.

TECLA.—¡Será que entonces me mirabais con los ojos, y no con el corazón!

MAX.—¡Ah! Esta mañana, cuando os ví rodeada de los vuestros, y en brazos de vuestro padre; cuando me he sentido extraño á vos, tentaciones me dieron de echarme á su cuello llamándole padre también!... Pero su severa mirada imponía silencio á mis ardientes y vivas sensaciones, y me inspiraban respeto aquellos diamantes que os ceñían la frente como una corona de estréllas. ¿Por qué vuestro padre, al recibirlos, parecía trazar en torno vuestro un círculo mágico? ¿Por qué adornar al ángel como una víctima, é imponer á vuestro corazón risueño el triste peso de la jerarquía? El amor osa dirigirse al amor, pero sólo un rey se atreviera á acercarse viéndoos rodeada de semejante aureola!

TECLA.—¡No hablemos de ese disfraz!... Ya veis

cuán pronto lo arrojé! (*A la Condesa.*) Parece agitado é intranquilo. ¿Por qué, tía? ¿Le habéis afligido? Era otro hombre durante el viaje... ¡Estaba tan sereno, tan parlanchín...! Así quisiera verle siempre.

MAX.—En brazos de vuestro padre, en un mundo nuevo que os acata y reverencia, la novedad del cambio, por lo menos, deslumbrará vuestros ojos.

TECLA.—Confieso, en efecto, que hay aquí muchas cosas que me encantan. Me gusta esa vida y esa animación, ese aparato bélico que renueva en mí mis ideas predilectas, y presta cuerpo y realidad á lo que hasta ahora me apareció como un sueño.

MAX.—En cambio yo, como un sueño veo desvanecerse mi positiva ventura. De la etérea región en que he vivido estos últimos días, caigo otra vez á la tierra; el camino que me conduce á mis antiguos hábitos, me separa del cielo.

TECLA.—Tales mudanzas parecen más suaves cuando llevamos en el corazón un tesoro seguro. En cuanto á mí, cuando me fijo en el exterior, vuelvo á gozar con mayor encanto mi mayor posesión... ¡Qué de cosas extraordinarias y nuevas he visto aquí en poco tiempo, y sin embargo nada serán comparadas con las maravillas que encierra este castillo misterioso!

LA CONDESA (*reflexionando*).—¿Qué hay?... Yo conozco los más oscuros rincones de esta habitación.

TECLA (*sonriendo*).—Á ésta le protegen los espíritus; dos viejos están de centinela junto á la puerta.

LA CONDESA (*riendo*).—Ah! sí; la torre del astrólogo. ¿Y cómo has podido entrar desde luego en este santuario custodiado con tal severidad?

TECLA.—Un viejecito de blanca cabellera y benévolo aspecto, me ha mostrado cierta predilección y me ha abierto la puerta.

MAX.—Es Seni; el astrólogo del duque.

TECLA.—¡Cuántas preguntas me ha hecho! Cuando

había nacido, en qué año, en qué mes; si fué de día, si fué de noche...

LA CONDESA.—Quería hacer tu horóscopo.

TECLA.—Después me ha mirado las manos y ha movido la cabeza, pensativo. Me ha parecido que las rayas no le dejaban muy satisfecho.

LA CONDESA.—¿Y cómo estaba la sala?... Nunca la advertí sino de paso.

TECLA.—De pronto me ha causado extraña emoción pasar, de golpe, de la clara luz del día á las profundas tinieblas, alumbradas tan sólo débilmente por tibios y singulares fulgores. En torno mío, y formando semicírculo, he visto colocadas en fila seis ó siete grandes estatuas de reyes, con un cetro en la mano, y una estrella en la frente, y esas estrellas parecían alumbrar la habitación. «Son—ha dicho mi guía—los planetas que rigen el destino de los hombres, y por eso están representados en figura de reyes. El de más allá, el viejo afligido y ceñudo, que lleva una estrella amarilla oscura, es Saturno; el de enfrente, con la estrella rojiza y revestido de una armadura, es Marte. Ambos son poco propicios á los hombres. La del lado, en figura de una mujer hermosa cuya frente resplandece con suavísimos fulgores, es Venus, el astro del placer. La de la izquierda, Mercurio con alas en los piés. La de en medio, de serena frente, de continente regio y ceñido de una aureola de plata, Júpiter, el padre de los astros, acompañado del sol y de la luna.»

MAX.—¡Oh! No seré yo quien le reproche su creencia en los astros y el poder de los espíritus. No puebla el hombre de fuerzas misteriosas el espacio cediendo sólo al orgullo; para el corazón que ama, la vida ordinaria parece estrecha y mezquina; los cuentos con que mecieron mi infancia encierran un sentido más profundo que la misma experiencia. Sólo el mundo de lo maravilloso responde á mi corazón embelesado, y

me abre los espacios infinitos, y extiende en torno mil fecundos ramos que mecen en éxtasis mi espíritu embriagado. Sí; el mundo de la fantasía es la verdadera patria del amor, que se complace en habitar con las hadas y entre talismanes, y cree en los dioses, porque se siente de naturaleza divina. Pasaron los de la antigua fabula y se desvaneció tras ellos su hechizo, mas cuando habla el corazón reaparecen evocados sus nombres, y si un tiempo se asociaron con amor á la vida humana, hoy colocados en la región de los astros, se comunican con los que aman: aún Júpiter nos transmite su poder, y Venus su belleza.

TECLA.—Si en esto consiste la astrología, me convierto de buen grado á tan risueña religión. ¡Qué grato es pensar que en la altura, allá en la esfera infinita, las fúlgidas estrellas tejieron las guirnaldas de nuestro amor en el mismo punto en que nacimos!

LA CONDESA.—Pero esas guirnaldas celestes no son todas de rosas; también se esconden entre ellas algunas espinas. Dichoso aquel que no se lastima con ellas. Los lazos que anuda Venus, el astro de la ventura, rómpelos á veces con violencia Marte, el planeta fatal de la desgracia.

MAX.—Pronto va á terminar su reinado siniestro. ¡Bendito sea el noble cielo del príncipe, que entrelazará el laurel con el olivo, y devolverá la paz al mundo! ¡Qué puede desear ya su gran corazón! Harto hizo por su gloria, y puede vivir para él con los suyos. Se retirará á sus dominios, en su hermosa residencia de Gitschin, ó en Reichenberg y el castillo de Friedland que tiene hermosas vistas, y cuyos parques y montes de caza se extienden hasta el Riesemberge. Allí puede vivir en libertad rodeado de esplendor y ocupado en grandes empresas; proteger con real largueza las artes, y cuanto es digno de un señor poderoso; edificar, cultivar los campos, observar los astros, y si

con eso no le basta para saciar su actividad incesante, luchar con los elementos, desviar los ríos, volar las peñas y abrir al comercio nuevas y cómodas vías... En las largas veladas del invierno contaremos nuestras campañas y...

LA CONDESA.—No obstante, os aconsejo, caro primo, que no depongáis tan pronto las armas. Una esposa como Tecla merece ser conquistada con la punta del acero.

MAX.—¡Ojalá pudiese hacerlo así!

LA CONDESA.—¿Qué pasa?... ¿No oís?... Me parece que oigo rumores y disputas en la sala del banquete...

(*Se va.*)

ESCENA V

TECLA y MAX

TECLA (*en cuanto se va la condesa, se acerca á Piccolomini y le dice en voz baja:*)—No te fies de ellos... Son muy falsos.

MAX.—Podrían...

TECLA.—No te fies de nadie sino de mí. Desde luego he advertido que llevan algún fin.

MAX.—¿Cuál?... ¿Qué ganarían dándonos esperanzas?

TECLA.—No sé, pero créeme; no se proponen seriamente casarnos y hacernos dichosos.

MAX.—Pero ¿por qué valernos de la condesa Terzky? ¿No tenemos á tu madre?... Es buena, y merece que tengamos en ella plena confianza.

TECLA.—Te ama, y te estima más que á nadie, pero le faltaría valor para callar nuestro secreto á mi padre. En bien de su tranquilidad debemos ocultárselo.

MAX.—¿Y por qué siempre este misterio? ¿Sabes

qué quiero hacer? Arrojarne á los piés de tu padre, y que decida él de mi dicha. Es sincero, sin disimulo, y abomina las tortuosidades: ¡es tan bueno, tan noble!

TECLA.—¡Tú eres el bueno y el noble!

MAX.—Tú le conoces de ayer, pero yo he vivido junto á él diez años. No sería esta la primera vez que hiciera algo sorprendente é inesperado. En su caracter está sorprender siempre como si fuera un dios, y causar en torno suyo el asombro y la admiración. ¡Quién sabe si ahora mismo aguarda nuestra declaración para unirnos! ¿Callas?... ¿Me miras como dudando...? ¿Qué tienes contra tu padre?

TECLA.—¿Yo?... nada... Pero le creo demasiado absorto en sus ocupaciones para que tenga tiempo de soñar con nuestra dicha. (*Le coge la mano con ternura.*) Obedéceme... No esperemos mucho de los demás,... mostrémonos agradecidos á Terzky y á su mujer por los favores que nos dispensen, pero no confiemos en ellos más de lo que merezcan, y abandonémonos á nuestro corazón.

MAX.—¿Pero no hemos de ser felices nunca?

TECLA.—¿No lo somos ya? ¿No soy tuya por ventura? ¿no eres tú mío? El amor me infunde valor... Quizás debiera ser menos franca contigo y guardar para mí el secreto, según impone el uso; pero ¿dónde hallarías la verdad, si no la oyeras de mis labios? Puesto que nos hemos encontrado, mantengámonos estrecha y eternamente unidos. ¡Créeme! es más de lo que quisieran hacer por nosotros. Ocultemos nuestra dicha en el fondo del alma, como hurto sagrado. Al cielo la debemos y sólo al cielo hemos de agradecerla... Tal vez obre por nosotros un milagro.



TECLA.—¿No soy tuya, por ventura?

ESCENA VI

Dichos, LA CONDESA TERZKY

LA CONDESA (*precipitadamente*).—Mi marido me envía... Llegó el momento... Es necesario que vayáis al banquete. (*Viendo que no la atienden, rompe por medio de ellos.*) Separaos...

TECLA.—¡ Ah, todavía no!... Si apenas hace un instante que está aquí...

LA CONDESA.—Para vosotros el tiempo vuela, sobrina.

MAX.—No hay prisa, tía.

LA CONDESA.—Salid, salid... Os echan de menos... Vuestro padre ha preguntado ya dos veces dónde estabais.

TECLA.—¡ Su padre ! ¿ De veras ?

LA CONDESA.—Ya puedes figurarte... princesa...

TECLA.—Pero ¿ ha de estar siempre entre ellos, por ventura ? Aquel no es su puesto. Serán muy expertos y venerables, pero él es demasiado joven para estar en su compañía.

LA CONDESA.—Preferirías que no se moviera de aquí, ¿ verdad ?

TECLA (*con viveza*).—Habéis acertado ; este era mi intento. Sí ; dejadle en paz... Decid á los generales...

LA CONDESA.—¿ Pero has perdido la cabeza, sobrina ?... Conde, ya sabéis nuestras condiciones.

MAX.—Me es fuerza obedecer, señorita ; adiós... (*Tecla le vuelve la espalda vivamente.*) ¿ Qué decís ?

TECLA (*sin mirarle*).—Nada ; salid.

MAX.—¡ Y puedo, por ventura, dejándoos enojada ! (*Se acerca á ella ; se miran ; ella calla un instante y luego se echa en sus brazos y le estrecha contra su corazón.*)

LA CONDESA.—¡Salid!... ¡Si alguien viniera! Oigo ruido; suenan algunas voces desconocidas...

(Max se arranca de los brazos de Tecla. La Condesa le acompaña. Tecla le sigue primero con la mirada, luego se pasea con agitación por la sala, hasta que se detiene absorta en sus pensamientos. Toma un laúd, que habrá sobre una mesa, y después de un triste preludio, canta.)

ESCENA VII

TECLA, tañe y canta

«Ruge el viento en el bosque; las nubes se amontonan en el cielo; la ola agitada se estrella en las rocas. »La doncella se adelanta por la orilla, y con los ojos »llenos de lágrimas canta en medio de la noche sombria: muerto está mi corazón, vacío para mí el mundo; ningún deseo me inspira. ¡Oh santa madre! »Acuérdate de tu hija. Probé la dicha de la tierra; »viví, amé.»

ESCENA VIII

LA CONDESA, TECLA

LA CONDESA.—¡Cómo es eso, sobrina! Veo que te adelantas á él... Creí que usarías de más recato.

TECLA *(levantándose)*.—¿Qué queréis decir, tía?

LA CONDESA.—Que no debieras olvidar quién eres, ni quién es... Me parece que no lo has meditado bastante.

TECLA.—¿Pues qué?

LA CONDESA.—Que eres la hija del príncipe de Friedland.

TECLA.—¿Y qué tenemos con esto?

LA CONDESA.—¡Cómo!... Vaya una salida.

TECLA.—La suerte le dió á él lo que nosotros hemos tenido que adquirir. Es de antiguo linaje lombardo, hijo de una princesa.

LA CONDESA.—Pero ¿estás soñando?... ¡De antiguo linaje!... ¡Á qué salimos con que habremos de rogarle humildemente se digne conceder su mano á la más rica heredera de Europa!

TECLA.—No será necesario.

LA CONDESA.—Es verdad; no nos exponremos á tanto.

TECLA.—Su padre le ama; el conde Octavio nada opondrá.

LA CONDESA.—¡Su padre!... ¡su padre!... ¿y el tuyo?

TECLA.—Creí que temíais al suyo, en vista de vuestra conducta misteriosa con el hijo.

LA CONDESA *(contemplándola con mirada inquisitiva)*.—Sobrina, tú no eres franca.

TECLA.—¡Ah tía mía!... lo tomáis á mal, tía; sed buena.

LA CONDESA.—Os figuráis haber ganado la partida, pero no os alegréis tan pronto.

TECLA.—Sed buena, tía...

LA CONDESA.—No están las cosas tan adelantadas.

TECLA.—Lo creo.

LA CONDESA.—¿Te figuras acaso que ha consagrado á la guerra su existencia, que ha renunciado á toda tranquilidad, que apartó el sueño de la cabecera de su cama, siempre inquieto, siempre agitado, únicamente para hacer la felicidad de una pareja amorosa? ¿Crees tú que te sacó del convento para llevarte en triunfo á los brazos del hombre que te place? Bien podía echar por camino más corto. No. No ha trabajado toda su vida por que tu mano infantil deshoje en flor la planta

que ha cultivado, y la convierta en vano adorno.

TECLA.—Pero bien puedo recoger el fruto de lo que no sembraron para mí,... y si mi suerte quiere que esa existencia terrible y prodigiosa engendrara mi dicha...

LA CONDESA.—Hablas como niña enamorada. Mira en torno tuyo, y observa donde estás. No viniste á la casa de la alegría, ni están decorados estos muros para una fiesta de bodas, ni los convidados se ciñen de flores. Aquí no relumbra otro fulgor que el de las armas. ¿Crees, por ventura, que se ha congregado á esos millares de hombres para formar tu séquito?... ¿No ves pensativo á tu padre y á tu madre llorosa? Es que el destino de nuestra casa está en la balanza... Deja, pues, esos pueriles sentimientos de niña, y tus mezquinos deseos, y muestra que eres hija de un grande hombre... La mujer no se pertenece á sí misma sino que su suerte va atada á la agena y vale tanto más cuanto mejor sabe elegir el objeto de su adhesión y su cariño.

TECLA.—Lo mismo me decían en el convento; así es que ni concebí ningún deseo, ni he visto en mí sino la hija del hombre poderoso cuya fama resonando hasta mis oídos me hacía pensar que estaba destinada á padecer por él, y á sacrificarme por él.

LA CONDESA.—Pues tal es tu suerte. Acéptala de buen grado. Tu madre y yo te damos el ejemplo.

TECLA.—El destino me mostró después á quién ha de ser objeto de mi sacrificio, y quiero seguirle con alma y vida.

LA CONDESA.—No la suerte, sino tu corazón fué quién te lo mostró.

TECLA.—La voz del corazón es la voz del destino. Suya soy; por él vivo, de él he recibido mi nueva existencia, y tiene derechos sobre su criatura. ¿Qué era yo antes que su amor vivificara mi alma? No puedo

estimarme en menos de lo que él me estima, ni puede ser un alma vulgar quien posee ese dón inapreciable. No; con la dicha, he sentido apoderarse de mí la firmeza. La vida aparece grave á las almas graves. Ahora sé que me pertenezco, y conozco la firme é incontrastable voluntad que poseo y que he de consagrar toda entera á mi supremo fin.

LA CONDESA.—¿Y te opondrías á la de tu padre, si dispusiera otra cosa de ti? ¿Piensas disuadirle? ¿No sabes, niña, que se llama Friedland?

TECLA.—Y yo también. Hallará en mí una hija digna de su padre.

LA CONDESA.—No logra doblegarle su soberano el Emperador, y quieres luchar con él!

TECLA.—Una hija puede atreverse á lo que no osa nadie.

LA CONDESA.—Bien ajeno está él de lo que le aguarda. ¡Después de haber arrollado tantos obstáculos tropezar en la voluntad de su propia hija! ¡Ay niña, niña! Tú sólo conoces su sonrisa; no has visto aún fulgurar la cólera en su mirada. ¡Cómo tu voz temblorosa se atreverá á contradecirle en su presencia! Mientras estás sola, puedes á placer formar grandes proyectos, y preparar floridos discursos y armar tu corazón de paloma con el valor de un león, pero prueba tan sólo de acercarte á él, y cuando se fije su mirada en la tuya, di, si puedes: No. A su presencia se mustiará tu fuerza como el delicado pétalo de una flor bajo los abrasadores rayos del sol. Pero no quiero asustarte, hija mía... Espero que no se llegará á este caso... Ignoro, además, qué pretende... Quizás se acuerdan sus deseos con los tuyos; pero aun así, nunca querrá que tú, la altiva heredera de su gloria, te portes como una loca, y te arrojes en brazos de un hombre que, antes de recibir tan alta recompensa, debe hacerse digno de ella á fuerza de muy grandes sacrificios. (Se va).

ESCENA IX

TECLA sola

¡Mil gracias por el aviso, que trueca en certidumbre mi siniestro presentimiento. ¡Con que era verdad!... No tenemos aquí un amigo, ni un corazón leal, y sólo podemos contar con nosotros mismos. ¡Cruels combates nos aguardan!... ¡Oh amor, divino amor! danos fuerzas... Sí; me ha dicho la verdad... Malos auspicios presidieron á nuestra unión. Aquí no habita la esperanza, ni suena otro ruido que el de la guerra; hasta el amor se presenta cubierto de su escudo, y como armado para un duelo á muerte. Un espíritu funesto se cierne sobre nuestra raza, y parece pronto á aniquilarnos. Vino á sacarme de mi pacífico retiro, á embelesar mi alma con celestiales imágenes que flotan en torno mío, cada vez más cercanas, para arrojarme luégo al abismo con fuerza sobrenatural é irresistible. *(Suena á lo lejos la música del festín.)* ¡Oh! Cuando una casa debe perecer por el fuego, cúbrese el cielo de nubes, se precipita el rayo, vomitan llamas los abismos y los mismos dioses de la alegría, ciegos de furor, atizan el incendio!

(Vase).

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Sala magníficamente iluminada. En el centro hacia el fondo, una mesa ricamente puesta y sentados á ella ocho generales, entre los cuales figuran OCTAVIO PICCOLOMINI, MARADAS y TERZKY. Á derecha é izquierda, en segundo término, otras dos mesas con seis convidados en cada una. En primer término el aparador; la parte anterior de la escena quedará despejada para los pajes y criados de servicio. Gran animación. Los músicos del regimiento de Terzky dan la vuelta al rededor de las mesas. Mientras se retiran, sale MAX PICCOLOMINI; Terzky, con un papel, é ISOLANI con una copa en la mano, se le acercan.

TERZKY, ISOLANI, MAX

ISOLANI *(á Max)*

Que amigo mío! ¿Dónde os habíais metido?... Vamos... vamos á la mesa. Terzky nos regala con su mejor vino... Se bebe aquí como en el castillo de Heidelberg... Habéis perdido ya lo mejor. En aquella mesa se reparten las coronas de los principados de Eggenberg, Slawata y Lichtenstein; ya están adjudicados los dominios de Sternberg